

Reseñas

CARL SCHMITT, *Political Romanticism*, Boston, MIT Press, colección "Studies in Contemporary German Social Thought" dirigida por Thomas McCarthy, 1986, 177 pp.

Al terminar la Segunda Guerra Mundial, en 1945, Carl Schmitt había sido testigo presencial de la guerra de 1914-1918; la guerra civil de 1918 en Alemania, con la consecuente caída del Imperio Guillermino; el nacimiento, desarrollo y caída de la República de Weimar; las riesgosas aventuras de la vida pública en el Tercer Reich; los bombardeos de Berlín y el catastrófico final de la Segunda Guerra. Aunado a un agudo instinto de supervivencia, Schmitt había demostrado tener también una notable capacidad de acomodo a muy diversas situaciones, manteniendo en ellas diferentes posiciones teóricas de la política. En este sentido, Carl Schmitt (1888-1985) logró llegar a ser uno de los más importantes e influyentes teóricos de la política y del derecho en la Alemania del siglo xx. Sus discusiones críticas de los ideales e instituciones democrático-liberales continúan suscitando, hasta la fecha, acaloradas controversias, pero incluso sus oponentes más radicales tienden a reconocerle una especial percepción para los problemas básicos y fundamentales de la política moderna.

El *Romanticismo político*, publicado originalmente en 1919 pero aumentado y corregido considerablemente en 1925, constituye un libro actualmente poco conocido y discutido de Schmitt pese a haber sido, en el momento de su publicación, una obra sumamente polémica, posiblemente por el vigoroso y acalorado entusiasmo con el que Schmitt adoptó el papel de acusador y cuestionador de la tradición del romanticismo. La obra se inicia con un cuestionamiento de la teoría tradicional del romanticismo en la que el romántico es definido primordialmente en referencia a ciertos objetos de identificación emocional. Schmitt prefiere concentrarse en un ataque a los principios fundamentales del movimiento romántico tales como pueden ser su base metafísica y la estetificación de todas las esferas de la política. De manera muy especial, Schmitt reserva sus baterías críticas para atacar demoledoramente al romanticismo concretamente político, con su consecuente "poetización" de todos los conflictos políticos.

En esta crítica se incluye un ataque más general a la burguesía europea como la clase social que abrazó al romanticismo y despolitizó, con ello, el orden social liberal al transformar el debate político en una "conversación interminable" en la que la frivolidad y autoindulgencia volvieron imposible el tomar "decisiones políticas genuinas". Schmitt critica así al romanticismo político desde la idiosincrática perspectiva *decisionista* con la que atacaría, du-

rante toda la República de Weimar, a las instituciones democráticas parlamentarias justamente por basarse en una discusión sin fin, en lugar de tomar *decisiones* genuinas y fundamentales.

Lo interesante de la obra de 1919 es que en ella Schmitt no se apoya en las obras de Hobbes, como haría poco después, para fundamentar teóricamente su decisionismo sino que, abierta y explícitamente, manifiesta su simpatía política por Edmund Burke, Joseph de Maistre y Louis Bonald, es decir, por la filosofía política del conservatismo de la restauración posnapoleónica y por el catolicismo. Como enemigo acérrimo del romanticismo, Schmitt presenta con esta interpretación una provocadora refutación de la perspectiva que tradicionalmente había identificado intrínsecamente al romanticismo político con el conservatismo, la Restauración y/o el catolicismo, considerando románticos a Burke, Bonald y De Maistre entre otros.

Como todas las grandes obras de Schmitt, el *Romanticismo político* es un estudio bien fundamentado históricamente que ofrece una crítica política *radical*, es decir, que va a las raíces del fenómeno político. Schmitt defiende un concepto de acción política basada en las nociones de bien y mal, justicia e injusticia, para fundamentar su ataque a la pasividad política implicada en la romantización de la experiencia. Así, al demostrar que el movimiento romántico en general representa una secularización, subjetivación y privatización en el que Dios es sustituido por el individuo emancipado y liberado del orden social burgués, Schmitt se encuentra fundamentado para atacar a la burguesía europea como portadora histórica del romanticismo específicamente político.

En su defensa de la filosofía política del conservatismo y del catolicismo, Schmitt busca, en consecuencia, eliminar la asociación tradicional del romanticismo político con esta filosofía que se caracteriza por una clara toma de posición política decisionista, a diferencia de la actitud romántica que no se compromete con posiciones políticas sino, a lo sumo, estéticas y por ello puede producir fácilmente figuras tan disímbolas como Danton y Federico el Grande. En efecto, por paradójico que pueda parecer, Schmitt encuentra que tanto los partidarios más entusiastas de la Revolución Francesa como sus más encarnados enemigos podrían contarse entre los románticos pero, según Schmitt, el uso del mismo término para designar posiciones políticas opuestas es menos paradójico de lo que parece. Esta situación resulta simplemente del carácter *ocasionalista* del romanticismo político: su cualidad caprichosa y su falta de compromiso con cualquier posición política básica. A la luz de esta consideración, es un error suponer que hay algo distintivamente conservador, tradicional, legitimista o reaccionario en el romanticismo. La restauración no es intrínsecamente más o menos romántica que la Revolución.

Schmitt sostiene, en consecuencia, la tesis de que el romanticismo político no constituye una doctrina coherente basada en un centro consistente de ideas sino que, al contrario, el movimiento romántico fue políticamente inconsecuente e impotente. La actividad política de románticos tempranos como Friedrich Schlegel y Adam Müller se caracterizó por una vacilación y una indecisión extremas, así como por la ausencia de cualquier principio inequívoco

de la política y de cualquier compromiso definido, es decir, por una indiferencia frente a la sustancia real de las cuestiones políticas y una inclinación a vivir más *de* la política que *para* la política.

Para Schmitt la variabilidad y volubilidad del contenido político del romanticismo, así como la notable plasticidad de los románticos para acomodarse fácilmente a todo el espectro de las posiciones políticas, son una consecuencia natural de la reducción romántica de la política a la estética. Puesto que el romanticismo político poetiza a la política, los asuntos políticos se convierten únicamente en una ocasión para ejercitar la imaginación estética. Los conflictos políticos se traducen en contrastes estéticos suspendidos en una unidad superior alcanzada por el juego de la emoción. Schmitt considera, en contraste con esta actitud, que la política debe ocuparse en última instancia con la necesidad de *decidir* entre lo que está bien y lo que está mal, entre lo que es justo y lo que es injusto y esto implica que la política depende de dos cosas: una decisión hecha en un conflicto sobre lo que está bien y lo que está mal; y lo que Schmitt llama un concepto de lo que está bien, un principio o criterio de justicia al cual esté anclada la decisión tomada.

En la ética romántica, por el contrario, una acción es buena o mala independientemente tanto de sus intenciones como de sus consecuencias prácticas. Las cualidades morales de una acción dependen exclusivamente de si expresan o evocan ciertos estados emocionales. Psicológicamente, la teoría romántica de la acción se funda en una ética de la pasividad, del quietismo o de la indiferencia. Se actúa tan sólo en función de estados emocionales y de lo que se siente, experimenta o sufre.

La ocupación favorita del romántico político es la crítica a todo. La discusión y la conversación son los vehículos con los que el romántico "poetiza" a la política. Es el medio con el que la imaginación romántica juega con valores políticos, sublimándolos como puntos de vista o sentimiento para suspender la oposición entre ellos en una síntesis interna satisfactoria y emocional que trasciende el mundo del conflicto político real. Como resultado, los asuntos políticos se convierten en una ocasión para algo que no es político: el juego creativo de las palabras, o *Wortspiel*, cuyo fin último es el placer en la participación del juego mismo. De esta forma, el discurso político se transfigura en una discusión gobernada por consideraciones estéticas y emotivas. La política se convierte en una conversación placentera y estéticamente satisfactoria, en una fuente de escape, diversión o incluso elevación emocional.

En la conversación sin fin del romanticismo político, nunca se toma una *decisión*. No se adquiere ningún compromiso, no se asume ninguna responsabilidad y no se cambia nada en la realidad política. Como la política se ha vuelto "lírica", nunca se hace nada. Se expresan puntos de vista, pero no con la intención de seleccionar aquel que podría producir resultados prácticos. La conversación es más bien el vehículo para la satisfacción estética del "actor" político, concebido como un narrador autoerótico y masturbatorio, un adepto y dedicado conversador en charlas de "alto nivel" que sirven como medio de generación de los sentimientos adecuados. La conversación del romántico político debe ser interminable, porque su fin o resolvería el conflicto político,

o fijaría las concepciones opuestas de lo bueno y lo malo en posiciones mutuamente irreconciliables. La resolución del conflicto implica un principio sobre la base del cual puede distinguirse lo bueno y lo malo. La no-resolución del conflicto implica un principio sobre la base del cual puede mostrarse lo imposible de la resolución. En ambos casos, el romántico político se vería forzado a reconocer una norma independiente al juego de su imaginación, lo que significaría que él dejaría de ser. . . un romántico.

Así pues, ya que las decisiones políticas y morales aparecen como la imposición de una tiranía antirromántica, la actitud romántica suspende los juicios prácticos en el interés de preservar la espontaneidad del sentimiento. Las facultades morales y políticas de querer, elegir, decidir y actuar se "poetizan" en las facultades estéticas de sentir, emocionarse y fantasear. Si la conducta ética y la acción política se ocupan de decidir entre valores alternativos y hacer compromisos sobre la base de elecciones entre esos valores, entonces puede decirse que el romanticismo destruye la esfera de la elección ética y política, o bien la sublima en un interjuego de estados de ánimo y sentimientos. Por ello Schmitt considera que, en el fondo, el romanticismo es incompatible con la política. Dicho de otra manera, el romanticismo político es un concepto incoherente: la actitud romántica hace imposible a la política porque la poetización de la política nulifica las condiciones sobre las que pueden hacerse las decisiones entre concepciones alternativas de lo bueno y lo malo, lo justo y lo injusto, lo tuyo y lo mío.

Ahora bien, de esta actitud no debe concluirse que el "romántico político" es un ser "apolítico", pues su pasividad e indecisión pueden tener, de hecho, nefastas repercusiones en el ámbito de la política. Schmitt considera sumamente grave que el romanticismo haya sustituido a Dios —como principio último del ocasionalismo filosófico tradicional— por la conciencia estética individual, pues esto no tan sólo seculariza a la metafísica sino que también la subjetiviza y privatiza. Puesto que esta elevación del individuo aislado y emancipado al rango de principio metafísico último es posible únicamente en el estado liberal, las condiciones para una fascinación perenne con la propia subjetividad sólo pueden satisfacerse en el orden social burgués que garantiza una dicotomía absoluta entre las esferas pública y privada. Esta dicotomía es salvaguardada por leyes uniformes que definen el ámbito privado y lo protegen de cualquier interferencia. Estas condiciones formales y legales de la seguridad personal constituyen las "condiciones externas" para la realización de la reflexión sobre estados de ánimo privados característicos, según Schmitt, del romanticismo. El santuario interior romántico de la experiencia puramente personal, no podría existir al margen del imperio del derecho liberal y su institución de una esfera privada autónoma. Pero esto significa que la pasividad romántica no puede ser apolítica, pues depende para su subsistencia del liberalismo, *bête noire* y pecado original de la política moderna, según la concepción de Carl Schmitt.

En el fondo, Schmitt llega a través de una sofisticada y elegante presentación de la historia del movimiento romántico, a las mismas conclusiones a las que llegaría años después en *La dictadura* (1921) y *La situación histórico-espiritual*

del parlamentarismo contemporáneo (1923), donde se criticaría al pluralismo democrático-liberal por obstaculizar, con su tendencia a la “discusión interminable”, la posibilidad de tomar decisiones políticas efectivas para alcanzar los fines propuestos por una autoridad soberana. La política moderna, según Schmitt, es una política de masas que debe ser dirigida de acuerdo con un criterio técnico de racionalidad instrumental y, para ello, la organización dictatorial es mucho más afín y eficiente que el fastidioso eterno discutir del parlamentarismo pluralista. No importa que la política moderna se base en una “dictadura del proletariado” como en la Unión Soviética de 1923, pues por lo menos ahí se toman decisiones efectivas dentro de un marco organizativo acorde con la racionalidad instrumental de la época contemporánea. Lo importante, parece decirnos Schmitt, “no es si la organización política moderna es una dictadura del proletariado o de algún otro agente, lo que a mí me importa es que sea una dictadura donde se tomen decisiones efectivas”.

No hay espacio para replicar aquí a la posición de Schmitt. Remitimos a las defensas del pluralismo y del parlamentarismo hechas tanto por Max Weber como por Hans Kelsen, durante el mismo periodo en que Schmitt lanzó su ataque contra las instituciones liberales. Lo que nos interesa resaltar, en todo caso, es que cualquier defensa contemporánea del pluralismo y la democracia puede tener en la propuesta radical de Schmitt un espléndido adversario, para discutir con él, y tratar de construir el mejor y más sólido caso posible para los valores pluralistas y democráticos. De hecho, Schmitt es un interlocutor implícito en muchas de las reflexiones políticas de Jürgen Habermas. La Teoría de la Acción Comunicativa constituye una defensa del pluralismo valorativo e institucional sobre la base de una “interminable” discusión comunicativa, como mejor alternativa para eliminar las tendencias autoritarias o dictatoriales de un decisionismo fundamentado en el criterio manipulador de una racionalidad “estratégica” e instrumentalista. El hecho de que sea en la colección del MIT, dirigida por Thomas McCarthy —principal intérprete y seguidor de Habermas en los Estados Unidos— donde estén apareciendo traducidas al inglés las obras más importantes de Schmitt, constituye un claro ejemplo de cómo el autor de *La dictadura* y del *Romanticismo político* está siendo tomado en cuenta seriamente por algunas de las corrientes más progresistas e iluminadas de la filosofía política contemporánea.

FRANCISCO GIL VILLEGAS

LESTER D. LANGLEY, *Central America. The Real Stakes*, Chicago, Dorsey Press, 1988, 280 pp.

El libro de Lester Langley, *Central America. The Real Stakes*, apareció por primera vez en 1985 como respuesta al diagnóstico que, un año antes, la comisión Kissinger hizo sobre la situación en Centroamérica. Allí se dijo que, junto con el retroceso económico, la injusticia social y el atraso político, la intervención de Cuba y la Unión Soviética en la región estaba en el origen

de los problemas de América Central. El informe señalaba que el interés nacional de Estados Unidos estaba en juego, que los estadounidenses debían actuar pronto, y que la ayuda militar a los países centroamericanos para combatir la amenaza comunista era indispensable a fin de restablecer el orden de la región. Una vez alcanzado este objetivo, decía el informe, Estados Unidos no podía suspender su apoyo; al contrario, debía convertirse en guía del desarrollo económico de la región. El informe configuraba, pues, el futuro de América Central, imaginaba un sistema político que garantizara las libertades, un sistema económico de libre empresa, y una sociedad justa. En esencia, el informe Kissinger proponía *una solución estadounidense* a los problemas de Centroamérica.

En su libro, Langley critica esta noción desde sus fundamentos: no puede existir una solución estadounidense porque América Central y Estados Unidos son dos entidades muy distintas entre sí. Si bien, opina el autor, los centroamericanos quieren para sí una sociedad más justa, más igualitaria y más libre, ciertamente no pueden alcanzar estos ideales con las instituciones y las prioridades de los estadounidenses.

En su política exterior, indica Langley, Estados Unidos, como cualquier nación, tiende a exteriorizar los valores fundamentales de su experiencia nacional. Apoyado en su tradición, defiende principios democráticos: voto secreto, pesos y contrapesos, separación de poderes, derechos inalienables de los ciudadanos, etc. Sin embargo, Langley está preocupado por demostrar que en Centroamérica todos estos principios, si bien apreciados, caen en un terreno completamente distinto al estadounidense. ¿Cómo aplicar al pie de la letra las grandes virtudes de la democracia en una región dividida por profundos conflictos, con instituciones débiles y que prácticamente libra distintas guerras? El problema, opina Langley, no está en la bondad de tales principios, sino en la insistencia de Estados Unidos en convertirse en el guía. Avalada por su éxito, la tradición liberal que configuró a Estados Unidos otorga a los estadounidenses una enorme confianza en la democracia y la libre empresa. Pero la herencia política en Centroamérica es otra, su historia no ofrece esa misma certidumbre; es una historia política de profunda inestabilidad, y una historia económica con graves problemas.

En su libro, Langley explica que los Estados Unidos, en vez de ser la solución, son parte del problema. Tradicionalmente, su política exterior hacia el área centroamericana ha mostrado un grave desconocimiento de los problemas de la región, y en muchas ocasiones los ha agravado. Antes, esta carencia se suplía por la capacidad para manejar la política centroamericana. Un centenar de *marines* fue suficiente para mantener un régimen leal en Nicaragua en los años veinte. Pero hoy, Estados Unidos ha perdido esa capacidad. Langley señala que ahora "la cola mueve al perro". Esto se explica, añade, porque las sociedades centroamericanas se han hecho mucho más complejas, pero también por la manera en que Estados Unidos ha planteado sus prioridades. Es cierto que en la preferencia estadounidense los gobiernos democráticos ocupan el primer lugar. Pero cuando está en juego la amenaza comunista, las dictaduras no incomodan. Este tipo de doctrina formulada por Kennedy, y reafirma-

da por Kirkpatrick, ha sido una lección que los militares en Centroamérica han aprendido a la perfección. Langley demuestra entonces que la política estadounidense en América Central adolece de una grave contradicción. De responder conforme a lo que percibe como un peligro a sus intereses estratégicos —la amenaza comunista— Estados Unidos tiene que actuar como una potencia que busca el *status quo* en Centroamérica, grave conflicto con su profesión de fe, porque la ayuda militar, por ejemplo, no hace sino agravar la omnipresencia de los militares en América Central, militares que no sólo son punta de lanza anticomunista, sino uno de los principales elementos retardatarios del progreso centroamericano.

Para Langley, los problemas centroamericanos están fuera de las manos estadounidenses. Son los centroamericanos quienes tienen el derecho, y la obligación, de ver por sí mismos. Su libro es un ensayo dirigido al público estadounidense cuyo objetivo es divulgar en Estados Unidos algunos aspectos de la lucha emprendida por los centroamericanos para construir sociedades más justas, más igualitarias, más libres. Combinando la crónica con el análisis histórico y político habla de aquellos problemas permanentes de las sociedades centroamericanas que han modelado su configuración actual, problemas que no siempre están a la vista y escapan a los análisis superficiales, que plantean dilemas distintos a los que han tenido que resolver los estadounidenses. Su preocupación es, como la de todo historiador, desentrañar el pasado para darle una perspectiva al presente y demostrar que los problemas en América Central no son sencillos y, por lo tanto, no hay soluciones automáticas.

Con el relevo de administración en Estados Unidos, el libro de Langley es una llamada de atención. Participa de las opiniones de una importante corriente liberal en Estados Unidos que en los últimos años ha criticado severamente la política de la administración Reagan. Como ellos, señala que, de seguir igual, la política hacia el área sólo agravaría más el problema, que las decisiones deben caer en manos de los propios involucrados, cuyos intereses no entran necesariamente en conflicto con los de Estados Unidos. Para Langley, el futuro próximo de América Central no promete ser fácil. Langley ve todavía enormes conflictos en la lucha de los centroamericanos por crear una nación —que el autor identifica como su objetivo histórico—, pero opina que la mejor posición de Estados Unidos es estar fuera del conflicto; no puede manipular el resultado, pero sí apoyarlo.

GUILLERMO OSORNO

ÓSCAR J. MARTÍNEZ, *Troublesome Border*, Tucson, The University of Arizona Press, 1988, 178 pp. (Profmex monograph series).

En esta obra el autor describe los conflictos pasados y presentes en la frontera entre México y Estados Unidos. Seleccionó algunos casos con el propósito de examinar la historia desde varios enfoques y señalar los problemas arrastrados hasta nuestros días. El libro está dividido en seis capítulos: “¿Hasta dónde

la frontera?" es el título del primero, y relata la historia agitada de esta línea divisoria que, desde el siglo XVI hasta el nuestro, ha cambiado en múltiples ocasiones. El autor se remonta a la época de vicisitudes de la Louisiana, explorada por los españoles en el siglo XVI, colonizada por los franceses en el siglo XVII, cedida como consecuencia de la Guerra de Siete Años a Inglaterra y a España (1762-1763), y finalmente recuperada en parte en 1800 por Napoleón, quien la vendió a Estados Unidos tres años después. A partir de ese momento, los presidentes estadounidenses no descansarían hasta lograr que el país abarcara lo más posible hacia el sur. Varios mapas ilustran el capítulo, con los que el lector se da cuenta de la voracidad creciente de nuestros vecinos. La Guerra del 47 fue otra etapa importante pero no decisiva, precisa el autor. En efecto, el pretexto que esgrimía Estados Unidos era demasiado bueno para no usarlo: el rescate de un pueblo en estado de "depravación" y de notorio "retraso" (p. 15). (Hoy se diría corrupción y subdesarrollo. . .)

Durante años no dejaron de codiciar Sonora y Chihuahua, además de lo previamente adquirido. Óscar Martínez señala la Guerra de Secesión como punto final a la ambición territorial estadounidense. Pero tampoco se detiene aquí la mala fortuna de los habitantes de la región fronteriza, quienes sufrían por los cambios incesantes. El final del primer capítulo describe los cambios naturales, a veces considerables, en el curso del río límite, es decir el Río Grande. Bastó con las lluvias torrenciales de 1864, que se sumaron a inundaciones anteriores, para que México perdiera una porción importante de tierras, entre Ciudad Juárez y El Paso, en beneficio de Estados Unidos. Se trata de El Chamizal, que Estados Unidos no devolvió a México hasta el año de 1968 (el tratado se había suscrito en 1963), cuando los dos países efectuaron un intercambio de tierras desplazadas del mismo modo. Unos croquis (p. 28) señalan los giros caprichosos del río en varios años y la resolución final de 1968. El autor menciona también resoluciones sobre diversos conflictos, trata principalmente la repartición del agua de los ríos limítrofes y su calidad, ya que la salinidad del Río Colorado ha causado daños considerables a la agricultura. El capítulo concluye de manera un poco amarga: a pesar de que los conflictos fronterizos han encontrado soluciones cada vez más pacíficas, México no puede olvidar tantos años difíciles que siguen influyendo hoy "sobre actitudes, percepciones y políticas" de México hacia Estados Unidos (p. 31).

El segundo capítulo describe una red de actividades de conspiradores y filibusteros durante el siglo XIX, con el propósito de fomentar movimientos separatistas y proclamar repúblicas independientes. El autor describe no menos de diez intentos entre principios del siglo XIX y principios del XX, todos fallidos. Los implicados eran estadounidenses y mexicanos (Ricardo Flores Magón fue uno de los más célebres). Incluso los últimos filibusteros franceses en la región desempeñaron un papel clave en expediciones destinadas a independizar una parte del norte de México; después de fracasos sucesivos, el jefe de estas expediciones, Gastón Raousset de Boulbon, fue fusilado. Tantas insurrecciones y rebeliones, tanta insumisión y resistencia acabaron por vencer al gobierno central mexicano de que algo tenía que hacerse. Martínez enumera los pasos tomados en Baja California por Lázaro Cárdenas durante

su mandato presidencial, pasos que condujeron a un mejor control de la lejana provincia (p. 50). La conclusión de este capítulo muestra un poco más de optimismo que la del anterior: una mejor integración de la frontera hacia los años cuarenta marca el principio de un nuevo clima de respeto mutuo y de cooperación entre los dos vecinos. Por fin parece que México empieza a olvidarse de este viejo temor a los ataques contra su integridad territorial.

El tercer capítulo se refiere a las tribus de indios que recibieron, más que nadie, el impacto de los desplazamientos sucesivos de la frontera; describe la violencia con la que se les trató, sus luchas feroces en respuesta a su incorporación forzada a una zona o a otra y el desenlace poco honroso para el hombre blanco: la exterminación de la mayor parte de los indios y la confinación en reservaciones de los sobrevivientes. Al principio del capítulo un mapa permite ubicar a cada grupo. El autor precisa que los más tranquilos se adaptaron a la vida de las misiones españolas de California, pero los grupos agresivos causaron problemas de modo continuo por su rechazo y su incapacidad para aceptar otro tipo de vida. Su hostilidad llegaba a grandes excesos y, como los esfuerzos mexicanos para vencerlos resultaban inútiles, el presidente estadounidense James Polk se aferró a este pretexto para anexar la zona de las tribus junto con las otras regiones codiciadas. México tuvo que acceder, pero se incluyó en el Tratado de Guadalupe Hidalgo una cláusula estipulando que los estadounidenses se comprometían a desempeñar una labor de protección constante de los mexicanos. Esta cláusula, agrega Martínez, no se respetó: los estadounidenses mostraron poca capacidad o poca buena voluntad, sobre todo en los años siguientes a la guerra.

Se logró la solución gradual del problema gracias a una mejor cooperación entre ambos países, al crear comisiones y acuerdos recíprocos para dejar a las tropas de cada país cruzar la frontera con el propósito de perseguir a los indios, a los que aniquilaban las más de las veces. Si agregamos a esto las enfermedades que los diezmaban y la política caótica de Estados Unidos decidida a acabar con ellos por cualquier medio, el cuadro que pinta Martínez es realmente dramático. La creación de reservaciones constituyó una solución pacífica pero no ideal.

El autor se detiene sobre el problema de dos tribus en particular, los kickapoos y los yaquis, que sufrieron tribulaciones muy peculiares. Entra en los detalles de las revueltas yaquis durante el mandato de Porfirio Díaz, quien acabó por enviar parte de esa población a realizar trabajos forzados en Yucatán. Finalmente, con Lázaro Cárdenas, los yaquis encontraron un apoyo económico para el desarrollo de su agricultura. En cuanto a los kickapoos, tribus emigradas a Texas desde las regiones de los grandes lagos, tuvieron que internarse en México debido a las fricciones constantes con los texanos. Durante la Revolución, se agregaron más de una vez a las filas mexicanas, hecho que les agradeció el gobierno. Actualmente, parte de ellos vive en el pueblo de Renacimiento, Coahuila; en la estación de pizca pasan del lado estadounidense. El autor señala un detalle muy interesante: son los únicos que hasta la fecha pueden pasar la frontera sin otro trámite que el de identificarse con el nombre de su tribu. Tanto los yaquis como los kickapoos se reparten en los dos países

y siguen migrando esporádicamente para volver a encontrar las raíces de su cultura a la que no quieren renunciar. Un cuadro, basado en datos del censo de población del *US Bureau of the Census*, presenta estadísticas de la población india en 1980, del lado estadounidense. El autor cierra el capítulo con una breve exposición de las condiciones de los indios en la actualidad, en ambos lados de la frontera, condiciones deplorables en muchos casos, sobre todo las de los tarahumaras en México.

Los indios no fueron los únicos que sufrieron esta incorporación forzada y los cambios sucesivos de opresores, de nacionalidad, de reglamentos. Los mexicano-americanos o chicanos residentes en Texas, Nuevo México, Arizona y California se encontraron del otro lado de la frontera después del Tratado de la Mesilla; en el capítulo cuatro, el autor muestra el cambio de actitud de los anglos hacia ellos a medida que nuevas olas de inmigrantes estadounidenses llegaban a poblar los nuevos estados fronterizos y poco a poco imponían nuevos sistemas de vida. Tuvieron lugar conflictos armados casi sin interrupción desde la tercera década del siglo XIX, cuando se declaró la "República de Texas", hasta la masacre de Santa Ysabel en 1916. Un cuadro sinóptico presenta en orden cronológico acontecimientos y lugares.

El origen de los conflictos era múltiple, prosigue el autor: unos, sin duda, eran actos de desesperación de hombres que se sentían extranjeros en su propio país; otros resultaban de las actividades de bandolerismo — como el hurto de ganado — y también de brotes de racismo. Óscar Martínez presenta cortas biografías de algunos líderes mexicano-americanos leales al gobierno de la República: Lorenzo de Zavala, Juan Seguín, Juan Cortina, cuyos esfuerzos traducen el anhelo desesperado de regresar a la madre patria. Si bien no lo lograron completamente, no se perdió todo; desde el punto de vista político los mexicano-americanos pertenecen a Estados Unidos, hecho que tuvieron que aceptar; pero en el plano cultural, la identificación con México no se ha roto del todo. Muchos chicanos siguen considerándose parte de su país de origen y conservan fielmente su idioma y sus tradiciones, haciendo a un lado el racismo que hasta la fecha los persigue, aunque quizá con menos virulencia.

El autor destaca la evolución favorable de la opinión pública hacia los hispanos, pero señala la falta de cohesión que existe entre ellos ya que algunos propugnan con más entusiasmo la asimilación total a la sociedad estadounidense. Señala también intentos de acercamiento político entre la comunidad chicana y el gobierno mexicano, cuyo iniciador fue Luis Echeverría en 1971. La idea se aceptó con entusiasmo desde el principio, pero con el transcurso de los años, se han perfilado tantas dificultades — de índole diplomática, sobre todo — que, en el plano gubernamental, en México, se juzgó más razonable limitar la relación al ámbito cultural (p. 103).

Después de la cesión de las provincias mexicanas a Estados Unidos, los nuevos estados de la frontera quedaron como "guardianes de los límites territoriales de México". En el quinto capítulo, el autor describe las características de la región y de sus habitantes: los norteños — habitantes de las provincias septentrionales — y los fronterizos — habitantes cercanos a la línea divisoria; recuerda los movimientos separatistas del siglo XIX y su presencia cada vez

más fuerte, durante el siglo XX, en el PAN. Los brotes de violencia en periodos electorales recientes y el colapso de la economía posterior a la crisis nacional de 1982, mantienen un clima de descontento continuo entre estos norteros dedicados sobre todo a la agricultura, la ganadería y las minas.

Martínez se extiende sobre varias medidas del gobierno mexicano —creación de una zona libre, promoción de productos internacionales— para sacar a los fronterizos tanto de su aislamiento como de su dependencia económica, pero el éxito es muy limitado. En cuanto al turismo, sus beneficios fueron seriamente contrarrestados por la mala fama de las “ciudades del vicio”. Hoy día las ciudades de la frontera se caracterizan más bien por su tránsito de inmigrantes en busca de trabajo del otro lado: trabajadores con permiso vitalicio que atraviesan la frontera diariamente y trabajadores de temporada con o sin permiso, por un periodo determinado. La dependencia económica de los fronterizos aumentó con la creación de maquiladoras; el autor proporciona estadísticas sobre las plantas y el número de empleados en las principales ciudades. El capítulo concluye con la preocupación del gobierno para detener la “desmexicanización” del Norte con programas económicos y culturales destinados a evitar la desintegración y a minimizar el aislamiento de sus habitantes y sus deseos de independencia.

En el sexto y último capítulo, observamos cómo actualmente sigue habiendo problemas en la frontera, aunque son diferentes de los de antaño. El contexto es nuevo a causa de algunos cambios drásticos que han tenido lugar como el crecimiento enorme de la población a raíz del desarrollo del “cinturón del sol”, de la creación de multinacionales y de maquiladoras; el crecimiento económico, en ambos lados de la frontera, es indudable. Una sección de este último capítulo aborda el tema de la ecología tan vulnerable, sobre todo cuando de recursos hidráulicos y de problemas de contaminación atmosférica se trata. El autor se extiende luego sobre una de las causas principales de la tensión constante en las relaciones entre los dos países: la migración internacional.

Después de ofrecer una breve historia de la migración mexicana a Estados Unidos y de los programas sucesivos al respecto, el autor recuerda las medidas vejatorias que contra los inmigrantes se dan en forma casi continua. Finalmente, en la última parte de este capítulo nos damos cuenta de la magnitud de algunos otros conflictos que parecen inherentes a la frontera: rivalidad económica, guerra de transportes, narcotráfico, conflictos que provocan el chantaje de Estados Unidos contra México cuando, por ejemplo, presiona a nuestro país para que modifique su conducta política en América Central (p. 139). Por otra parte, agrega Martínez, el impacto de estos conflictos resulta desastroso para el turismo. Una nota optimista concluye el capítulo: si bien es cierto que las relaciones entre los dos países tienen en conjunto un aspecto poco alentador, sin embargo en el plano local muchas iniciativas tomadas en forma concertada —por ejemplo en “ciudades gemelas”— traen resultados positivos.

El epílogo sugiere paralelismo entre los conflictos de nuestra frontera y los de fronteras en otras regiones del globo, en Medio Oriente, en África, en Europa; observamos, de esta manera, cómo otros países tratan de solucionar

sus conflictos. En sus recomendaciones finales, el autor aconseja que no se vea la frontera como una línea divisoria sino como una región en donde dos comunidades coexisten y tienen en común un patrimonio económico, social y cultural, lo que debe incitarlos a crear organismos comunes para solucionar sus problemas comunes, evitando conductas unilaterales como la que se está llevando a cabo desde hace años en lo que concierne a la migración. Con el mismo desencanto que encontramos al final de su primer capítulo, Óscar Martínez concluye su obra aseverando que el único progreso logrado desde el siglo XIX es haber pasado de un estado de violencia a uno de no violencia; pero como nadie tiene derecho de estancarse en esta etapa, las dos regiones deben procurar más acercamientos para lograr un progreso tangible y provechoso.

Este libro es un auxiliar de primer orden para los estudiosos de la materia. Primero, porque Óscar Martínez sabe de qué habla. Profesor de historia en la Universidad de Texas en El Paso, fue director del Center for Interamerican and Border Studies de esta institución y presidente de la Association of Borderland Scholars. No nos extraña, pues, lo minucioso de su trabajo en cuanto a historia y geografía se refiere. Además es autor de varios libros y estudios, la mayor parte sobre la historia de Ciudad Juárez. Por otra parte, la utilidad, el provecho que puede uno sacar de *Troublesome Border* radica en la preocupación práctica del libro. No encierra grandes teorías sino datos, estadísticas, mapas, croquis, rica información organizada de la que se desprenden conclusiones lógicas. Este trabajo tan bien estructurado resulta útil para investigaciones posteriores.

Uno de los capítulos más originales desde mi punto de vista es el tercero, sobre los indios; la literatura escrita sobre ellos no es realmente abundante, y los lectores que se habían quedado en la etapa de Fenimore Cooper con *El último de los Mohicanos*, se ponen al día en un momento con la lectura de estas cuantas páginas, densas en información. En el capítulo sobre los chicanos, el autor hubiera podido darnos una versión personal más detallada del origen del término "chicano", ya que son muchas las explicaciones que se proporcionan al respecto. Se conforma con poner entre corchetes [un derivado de "mexicano"] y nos quedamos con nuestra curiosidad; o por lo menos, hubiera podido referirnos al artículo tan interesante "Sobre el término chicano" que publicó Tino Villanueva en forma de ensayo en *Cuadernos hispanoamericanos* (núm. 336; junio de 1978) y que sirvió de prólogo a su *Antología histórica y literaria* (FCE, 1980). Sin embargo, Martínez subraya la importancia del término y a partir de qué época algunos grupos de mexicano-americanos empiezan a usarlo como instrumento de identidad. También hubiera podido extenderse más sobre las manifestaciones culturales realizadas en México, en particular en el marco de la UNAM y en las casas de cultura de provincia. En la capital por ejemplo, el arte chicano tiene gran aceptación; esta cultura, relativamente reciente, no deja de enriquecer a ambos países y de hablar en favor de sus iniciadores.

La objetividad de Martínez destaca en cada capítulo de su obra y en los renglones más importantes. Al hablar de los efectos de la migración hispana en Estados Unidos, no vacila, al igual que otros académicos, en defender opi-

niones contrarias a las de los medios oficiales estadounidenses que la juzgan dañina para su economía (p. 135). En otro momento de su investigación, al hablar de los norteños, el autor subraya lo siguiente: no es que los norteños se dejen influir por la idiosincrasia estadounidense, no es que se quieran "americanizar" a la fuerza. Según Martínez, éstos son estereotipos y la verdad es otra: los norteños están descontentos con el régimen mexicano tan ineficaz y cuyas políticas están dañando la economía de la región (p. 144). Pero el autor olvida puntos importantes (¿de dónde salieron los subsidios a la agricultura norteña, por ejemplo?) y por sus afirmaciones drásticas se arriesga a que sus lectores consideren a los norteños como unos ingratos.

Otra aseveración del autor me parece exagerada, cuando afirma que el pasado —entiéndase los acontecimientos de 1846-1848 y 1853— influye mucho todavía sobre "las actitudes, las percepciones y las políticas adoptadas por México hacia Estados Unidos, durante generaciones y todavía hoy en día" (p. 31). Que el episodio de la "Cortina de la Tortilla" forme parte todavía del rencor mexicano, lo creo fácilmente, pero una guerra que tuvo lugar hace 140 años, ya ni los bisabuelos viven para contárselo a los nietos y mantener vivo en ellos el odio al usurpador (aunque haría falta una encuesta para comprobar mi aseveración). Encuentro dos explicaciones a esta afirmación de Óscar Martínez: él es chicano y el sentimiento de frustración sí queda vivo entre los chicanos, por tradición, podríamos decir. Los chicanos prefieren pensar que el gobierno mexicano deja que el viejo rencor siga impregnando todavía sus decisiones, sus actitudes. La otra explicación que me atrevería a dar, sería que el gobierno mexicano manipula este sentimiento en el discurso político con el propósito de fomentar el nacionalismo.

Sea lo que sea, la obra me convenció de que esta línea divisoria del Norte, no se podría nunca calificar de imaginaria (¿quién se atrevería a hacerlo?) como la del Ecuador, por tantos trastornos tangibles que origina. Desde el principio de su obra, el autor nos ayuda a entenderlo. Su abundante información apoyada por mapas, croquis y estadísticas, los resúmenes y conclusiones de cada capítulo, nos llevaron paso a paso a través de esta odisea y aprendimos así que la frontera México-Estados Unidos tampoco es una línea divisoria entre dos lados indiferentes uno respecto al otro, sino una "región" en donde dos países tienen que darse la mano para resolver sus problemas comunes. Esta nota final ayuda a borrar el elemento de amargura que se percibe a lo largo de los diversos capítulos.

MARIE-CLAIRE FISCHER DE FIGUEROA